

la planchadora en bata de percal blanco con puntos azules, desnudas las muñecas y una corbatita de seda gris ceñida al cuello. Los transeúntes se paraban para verlos pasar, tan joviales, tan risueños, endomingados en un día de trabajo, codeando á la gente que obstruía la calle des Poissonniers en aquella templada tarde de junio.

Mas no se trataba de pasear bromeando, sino de ir en derechura hacia la puerta de cada taberna, alargar la cabeza y mirar quién había ante el mostrador. ¿Se habría ido tal vez ese animal de Coupeau á echar una copa al Arco del Triunfo? Ya habían recorrido toda la parte alta de la calle, fijándose en los buenos sitios: en la «Petite Civette», renombrada por sus ciruelas; en la taberna de la tía Baquet, que vendía vino de Orleans á ocho sueldos, y en el «Papillon», punto de cita de los señores cocheros y de las gentes de gusto delicado. Y Coupeau sin parecer. Entonces bajaron hacia el bulevar y al pasar por delante de la tienda de Francisco, el tabernero de la esquina, lanzó Gervasia un ligero grito.

—¿Qué es?—preguntó Gouget.

La planchadora ya no reía. Estaba muy pálida y tan conmovida, que por poco se cae. Virginia comprendió al momento la causa, viendo en la taberna á Lantier que, sentado junto á una mesa, comía con la mayor tranquilidad. Las dos mujeres se alejaron arrastrando casi al herrero:

—Se me ha torcido un pie—dijo Gervasia, cuando algo repuesta de su emoción, pudo articular algunas palabras.

Por fin, en la parte baja de la calle descubrieron á Coupeau y á Poisson en la taberna del tío Colombe. Allí estaban, en pie, en medio de un grupo de consumidores; Coupeau, con su blusa gris, vociferaba, con ademanes furiosos y dando puñetazos en el mostrador; Poisson, que no estaba de servicio aquel día, abotonado en un viejo páteto de color de castaña, le escuchaba, pálido y silencioso, atusando su perilla y sus bigotes rojos. Gouget dejó á las mujeres en la acera, y entrando en la taberna, llegóse hasta Coupeau, á quien dió una palmadita en el hombro. Mas cuando

el plomero vió á Gervasia y Virginia en la acera, enfadóse. ¿Qué demonio le querían aquellas mujerzuelas? ¿les había llegado á las faldas el turno de acosarle? Pues se quedarían con las ganas; de allí no se movía ni á tiros; y en cuanto á ellas, ya podían irse á comer solas sus gorrinerías. Para apaciguarle fuéle preciso á Gouget aceptar una ronda de cualquier cosa y aun así tuvo el plomero la mala intención de detenerse cinco minutos más delante del mostrador. Cuando, por fin, salió á la calle, dijo á su mujer:

—No me agrada que me sigan los pasos... Quiero hacer lo que me dé la gana, ¿oyes?

Nada respondió Gervasia. Temblaba como una azogada. Debió haber dicho algo sobre Lantier á Virginia; porque ésta empujó á su marido y á Gouget diciéndoles que anduvieran delante. En seguida, las dos mujeres se pusieron á los lados del plomero para distraerle é impedirle que viese. Pero éste, que sólo estaba á medios pelos, y más bien exaltado por la charla que por la bebida, emperróse en andar por la acera derecha, haciéndolas salir á empujones de la izquierda que era la que se propusieran seguir. Asustadas, aceleraron el paso y trataron de ocultar la puerta de Francisco. Mas Coupeau debía saber que Lantier estaba en la taberna, pues gruñó, dejando helada á Gervasia.

—¡Sí, ya lo sé, cierva mía! Tenemos allí un antiguo conocido... A mí no se me toma por bobo... ¡Guay si te pilló otra vez paseándole la calle, con miraditas de reojo!

Y soltó un aluvión de motes obscenos. No era al marido á quien ella buscaba, con los brazos desnudos, y el rostro enharinado, sino á su antiguo rufián. Después, bruscamente, entró en un paroxismo de furor contra Lantier. ¡Ah! ¡bandido! ¡ah! ¡canalla! No había remedio; uno de los dos debía quedar tendido en la calle, con las tripas fuera, como un conejo. A todo esto Lantier, como si no se tratara de él, seguía comiendo tranquilamente su ternera con acederas. La gente comenzaba á agolparse. Por fin, Virginia logró llevarse de allí á Coupeau, quien se tranquilizó de repente en cuanto dobló la esquina de la calle. Y llegaron á la tienda menos alegres que cuando salieron.



Los convidados, en torno de la mesa, esperaban con las caras mustias. El plomero empezó á distribuir apretones de manos, contoneándose ante las mujeres. Gervasia, un tanto angustiada, hablaba á media voz, señalando á cada uno su sitio. Mas, de repente, observó que, no habiendo acudido la señora Gouget, iba á quedar un lugar vacío, el sitio de al lado de la señora Lorilleux:

—¡Somos trece!—exclamó conmovida, viendo en ello una nueva prueba de la mala suerte que la perseguía desde hacía algún tiempo.

Las mujeres, que estaban sentadas ya, levantáronse con ademán de inquietud y enojo. La señora Putois ofreció retirarse, porque, según decía, no hay que jugar con cosas semejantes; y que aun cuando se quedase, no tomaría un bocado, por temor de que se le indigestara. Roche, por su parte, mofábase, diciendo que prefería que fuesen trece, mejor que catorce, pues así tocaría á cada uno mayor porción.

—¡Esperad!—dijo Gervasia.—¡Todo se arreglará!

Y, saliendo á la acera, llamó al tío Brú, que en aquel momento cruzaba el arroyo. El anciano obrero entró, encorvado, rígido, mudo el semblante.

—Sentáos ahí, buen hombre—dijo la planchadora.—Comeréis con nosotros ¿verdad?

Hizo el anciano un movimiento de cabeza, indicando su aquiescencia.

—¡Ea! tanto vale él, como otro cualquiera—continuó la planchadora bajando la voz.—El infeliz no siempre come para matar su hambre... A lo menos, sacará la tripa de mal año... Así nos atracaremos sin ningún remordimiento.

Tan conmovido estaba Gouget, que casi se le saltaban las lágrimas.

Los demás aprobaron compadecidos, añadiendo que esta acción les reportaría á todos felicidad. Sin embargo, la señora Lorilleux no parecía muy satisfecha de hallarse junto al anciano, y se hacía á un lado dirigiendo ojeadas de disgusto á sus manos callosas y á su blusa remendada y desteñida. El tío Brú permanecía con la cabeza baja, molestándole sobremanera la servilleta que ocultaba su plato. Al fin, decidióse á

quitarla de allí, y la puso con cuidado sobre el borde de la mesa, sin ocurrirsele colocarla sobre sus rodillas.

Por último, empezaba Gervasia á repartir la sopa, y los invitados empuñaban sus cucharas, cuando Virginia hizo observar que Coupeau había desaparecido de nuevo, añadiendo que tal vez se había vuelto á la taberna del tío Colombe. Y la reunión se enfadó. ¡Tanto peor para él! ahora sí que nadie correría en su busca; que se quedase en la calle, si no tenía hambre. Y mientras las cucharas golpeaban el fondo de los platos, reapareció el plomero llevando un tiesto en cada brazo; una giroflea y una balsamina. Todos los presentes palmorearon con entusiasmo. Y él, galante, fué á colocar los tiestos, uno á la derecha y otro á la izquierda de Gervasia, y después inclinándose y dándola un beso:

—Te había olvidado, cierva mía... Pero eso no quita para que nos amemos, y mucho más, en un día como este.

—Está el patrón muy fino esta tarde—murmuró Clemencia al oído de Roche.—Tiene todo cuanto necesita un hombre para ser amable.

La galantería de Coupeau restableció la alegría general, un momento comprometida. Gervasia, tranquilizada, había recobrado su risueño semblante. Los invitados acababan la sopa. Empezaron á circular las botellas, y bebióse la primera copa de vino, cuatro dedos de vino puro, para ayudar á que pasasen los macarrones. Oíanse en la trastienda los gritos de Esteban, de Naná, de Paulina y del pequeño Víctor Fauconnier, para los cuales se había puesto una mesa aparte, encargándoles que fueran muy juiciosos. La bisoja Agustina, que vigilaba los hornillos, tenía que comer sobre las rodillas.

—¡Mamá! ¡mamá!—exclamó de improviso Naná.—¡Agustina está metiendo el pan en el asador!

Acudió la planchadora sorprendiendo á la bisoja á punto de abrasarse la garganta, por querer tragar precipitadamente una rebanada de pan mojado en la hirviente grasa del pato, y le dió un bofetón, por empeñarse la maldecida rapaza en decir que era mentira.

Después del cocido, cuando apareció la ternera, ser-



vida en una ensaladera, por no haber en la casa una fuente bastante grande, circuló una risotada entre los invitados.

—¡Esto se va animando!—dijo Poisson, que raras veces desplegaba los labios.

Eran las siete y media. Habían cerrado la puerta de la tienda, á fin de evitar el figoneo del barrio; el relojerito de enfrente, sobre todo, abría unos ojos grandes como naranjas, y les quitaba los bocados de la mano con una mirada tan glotona, que casi les impedía comer. Las cortinillas corridas de las vidrieras daban paso á una luz blanca, igual, sin una sombra, en que se bañaba la mesa, con sus cubiertos colocados todavía en orden simétrico, y sus tientos de flores ceñidos por sus graciosos cucuruchos de papel; y aquella claridad pálida, aquel lento crepúsculo prestaba á la reunión cierto aire distinguido. Virginia encontró la frase gráfica: contempló un rato la habitación, cerrada y tapizada de muselina, y dijo que era muy «chic». Cuando pasaba una carreta por la calle, las copas danzaban sobre el mantel, y las mujeres se veían obligadas á alzar la voz tanto como los hombres. Pero se hablaba poco, reinaba el mejor orden, y todos se esmeraban en obsequiarse mutuamente. Sólo Coupeau estaba de blusa, por cuanto, decía, entre amigos no hay que andarse con cumplimientos, y además la blusa es el traje de honor del obrero. Las mujeres, aprisionadas en sus corsés, reflejaban la luz que daba en sus cabezas llenas de pomada; mientras que los hombres, sentados á cierta distancia de la mesa, arqueaban el pecho y separaban los codos, por temor de mancharse sus gabanes.

¡Ah! ¡por vida de! ¡qué brecha en la ternera! Si no se hablaba mucho, en cambio se mascaba de lo lindo. La ensaladera se ahuecaba, manteniendo la cuchara en la espesa salsa, una apetitosa salsa amarilla que temblaba como la gelatina. En su fondo pescábanse tajadas de ternera, y las había siempre, y la ensaladera circulaba de mano en mano, y los rostros se inclinaban buscando las setas.

Las gigantescas barras de pan, adosadas á la pared, á espaldas de los convidados, parecían derretirse. En-

tre bocado y bocado oíase el ruido que producían las copas vaciadas, al chocar contra la mesa. Como la salsa era algo salada, fueron menester cuatro litros de vino para anegarla á la traidora, que se dejaba tragar como una crema, y al llegar al estómago desarrollaba un incendio. Y sin tiempo siquiera para respirar apareció el lomo de cerdo, montado en una honda fuente, rodeado de patatas redondas y exhalando una nube de humo. La reunión lanzó un grito de admiración. ¡Voto á tal! ¡magnífico plato! Aquello gustaba á todo el mundo. Las bocas todas se hacían agua y cada cual seguía la fuente con el rabo del ojo, limpiando el cuchillo con una miga de pan, á fin de estar dispuesto al ataque. Servidos ya, codeábanse unos á otros, hablando con la boca llena. ¿Qué tal, eh? Ni una manteca. Aquello tenía algo de suave y de sólido á la vez y se sentía deslizar á lo largo de la tripa, hasta las suelas de las botas. Las patatas eran un azúcar. No estaba salado aquel plato; pero, precisamente á causa de las patatas, requería un trago á cada minuto. Destapáronse cuatro botellas más, y los platos quedaron tan limpios que no hubo necesidad de cambiarlos para comer los guisantes. ¡Oh! las legumbres no tienen malicia: uno se las traga á cucharada llena; como por distracción. Una verdadera golosina, en fin, como quien dice comidilla de damas. Lo mejor que tenían aquellos guisantes eran los torreznos, tostados á punto y oliendo á casco de caballo quemado. Dos botellas bastaron.

—¡Mamá! ¡mamá!—gritó otra vez Naná.—¡Ahora Agustina mete las manos en mi plato!

—¡No me jorobes! ¡dale un bofetón!—respondió Gervasia, que estaba atracándose de guisantes.

En la trastienda Naná hacía de ama de casa en la mesa de los niños. Estaba sentada al lado de Víctor y había colocado á su hermano Esteban junto á Paulinita; así, jugaban á matrimonios, cual recién casados en día de bodas. Al principio sirvió Naná á sus invitados con mucha amabilidad, sonriendo como una persona mayor; pero dejándose arrastrar después por su pasión á los torreznos, se quedó con todos. Y como la bisoja Agustina, que andaba dando vueltas cazurra-



mente alrededor de los niños, se aprovechó de esto para tomar á puñados los torreznos, so pretexto de repartirlos por igual. Naná, furiosa, la mordió en la muñeca.

—¿Sí?—murmuró Agustina;—pues voy á decir á tú madre que después de comer la ternera has dicho á Víctor que te diera un beso.

Pero se restableció el orden cuando Gervasia y mamá Coupeau entraron para sacar el pato del asador. En la mesa, aprovechaban los invitados un momento para respirar, recostados en los respaldos de sus sillas. Los hombres desabotonábanse los chalecos y las mujeres se enjugaban el rostro con sus servilletas.

Hubo como una interrupción en el festín; solamente unos pocos, sin descansar las mandíbulas, continuaban tragando gruesos bocados de pan, no advirtiéndolo siquiera. Dábase tiempo á los manjares engullidos para que se acomodasen en el estómago. Y mientras tanto obscurecía lentamente, viéndose á través de las cortinillas, una claridad turbia, cenicienta, que menguaba por grados. Cuando Agustina colocó dos lámparas en los extremos de la mesa, apareció á su viva claridad el desorden del servicio, los platos y los tenedores grasientos y el mantel manchado de vino y lleno de migajas. Aspirábase un olor asfijante, y sin embargo, las narices todas volvíanse en dirección á la cocina á cada cálida bocanada.

—¿Queréis que os ayude?—exclamó Virginia.

Y se levantó, dirigiéndose á la trastienda. Siguiéronla todas las mujeres, una á una, yendo á rodear el asador, contemplando con profundo interés á Gervasia y á mamá Coupeau que sacaban el plato. Surgió luego un clamoreo general, destacándose las voces y los saltos de alegría de las niñas. Y tuvo lugar una especie de entrada triunfal; Gervasia llevaba el pato, envarados los brazos, la faz bañada en sudor, é iluminada por una sonrisa de satisfacción, y tras de ella seguían las mujeres, sonrientes también, mientras que Naná, en el extremo del cortejo, alzábase de puntillas, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Cuando el enorme pato, dorado, nadando en grasa, estuvo sobre la mesa, eran tales el asombro, la respe-

tuosa sorpresa que sobrecogieron á la reunión, que pasó un largo rato sin que acometieran al animal. Mostrábase uno á otros, guiñando los ojos y moviendo la cabeza. ¡Por vida de!... ¡vaya una pieza! ¡qué muslos! ¡qué panza!

—¡No se ha cebado lamiendo las tapias!—exclamó Roche.

Entonces comenzaron los detalles sobre el pato. Gervasia precisó hechos: aquella era la pieza más hermosa que había encontrado en la tienda del pollero del faubourg Poissonnière; pesaba doce libras y media en la balanza del carbonero; para asarlo, había gastado una espuerta de carbón y el animalejo había soltado tres tazas de grasa.

Interrumpióla Virginia, jactándose de haber visto crudo el pato: ganas daban de comerlo aun sin asar—decía—tan fina y blanca tenía la piel, ¡una verdadera piel de rubia! Todos los hombres se reían, estremecidos sus labios por concupiscente gula. Empero Lorrilleux y su mujer fruncían las narices, sofocados al ver tan solemne pieza en la mesa de la Banbán.

—Vaya; supongo que no nos lo vamos á comer entero—acabó por decir la planchadora.—¿Quién trincha?... ¡Yo no me atrevo! ¡Es muy grande y me da miedo!

Ofrecióse Coupeau, diciendo que era muy sencillo; no había más que tirar de las patas y punto concluído. Pero opúsose la mayoría, y sacaron á viva fuerza de manos del plomero el cuchillo de cocina, pues todos sabían que cuando trinchara, hacía un verdadero destrozo. Durante un minuto buscaron á otro que trinchara, y por último la señora Lerat dijo con amable acento:

—Yo creo que esto corresponde al señor Poisson... sí, al señor Poisson.

Y como quiera que la reunión no daba indicios de comprender el significado de su proposición, añadió con satisfacción más lisonjera todavía:

—Seguramente le corresponde al señor Poisson, que está acostumbrado al uso de las armas.

Y pasó al municipal el cuchillo de cocina que tenía en la mano. Todos los presentes aprobaron con satisfac-



ción. Inclino Poisson la cabeza con militar rigidez y puso el pato delante de sí. Sus vecinas, Gervasia y la señora Roche, se apartaron un poco, haciendo lugar á sus codos. Y él trinchaba lentamente, con ademanes muy graves, fijos los ojos en el animal, cual si intentase clavarlo en el fondo del plato. Cuando introdujo el cuchillo en el esqueleto, que crujía al impulso, Lorilleux, en un arranque de patriotismo, gritó:

—¡Qué tal, si fuera un cosaco!

—¿Os habéis batido con los cosacos, señor Poisson? preguntó la señora Roche.

—No, con los beduinos—respondió el municipal; mientras separaba un alón.—Ya no hay cosacos.

Reinó luego un profundo silencio. Los cuellos se alargaban, las miradas seguían los movimientos del cuchillo. Poisson preparaba una sorpresa. De repente dió un postrer tajo y el cuarto trasero del animal se separó y se mantuvo derecho, con la rabadilla en alto, en forma de mitra de obispo. Estalló entonces la general admiración.

Nadie como un veterano, para ser amable en sociedad. Entre tanto el pato dejaba escapar un chorro de grasa por el orificio abierto de su trasero, y Roche riendo:

—Me abono—dijo—para que me meen así en la boca,

—¡Habrà cochino!—exclamaron á una todas las mujeres.

—¡De verdad, no conozco otro hombre más repugnante!—dijo la señora Roche más furiosa que las otras. —¡Cállate! ¿oyes? Serías capaz de hacer echar las tripas á un batallón de soldados... ¡Eso lo hace para que nadie coma y le toque á él mayor porción!

En aquel momento y en medio del barullo repetía Clemencia con insistencia:

—Señor Poisson... señor Poisson. Haced el favor de reservarme la rabadilla...

—Querida amiga—dijo la señora Lerat con aire discretamente zumbón,—la rabadilla os pertenece de derecho.

Por fin, el pato estaba trinchado. El municipal, después de haber dado tiempo á la reunión para admirar la mitra de obispo, acabó de separar los trozos y los

ordenó en torno de la fuente. Podían servirse ya. Pero las mujeres, desabrochándose los vestidos, quejábanse del calor. Coupeau dijo que hiciesen como si estuviesen en su casa, que él se ciscaba en los vecinos, y abrió de par en par la puerta de la tienda, continuando el festín en medio del rodar de los coches y del continuo pasar de transeuntes por la acera. Entonces, reposadas ya las mandíbulas y ahuecado un nuevo espacio en el estómago, volvieron todos á la tarea y cayeron furiosamente sobre el pato. Y el tuno de Roche decía que el rato de espera y el espectáculo de trincar le habían hecho bajar la ternera y el lomo á los talones.

Tremenda fué la arremetida. Nadie de los presentes recordaba haberse cargado nunca la conciencia con una indigestión semejante. Gervasia, voluminosa, apoyada en sus codos, comía enormes trozos de pechuga, sin hablar, temiendo perder un bocado; sólo, sí, sentíase algo avergonzada ante Gouget, por mostrarse á su vista glotona como una gata. A Gouget, por su parte, alimentábale de sobra verla comer con tanto gusto. Además, en su gula, ¡era tan linda y tan bondadosa! Aunque no hablaba, dejaba su tarea á cada rato para colmar de atenciones al tío Brú, obsequiándole con los trozos más delicados.

Era hasta conmovedor ver á aquella glotona quitarse de la boca un pedazo de alón para dárselo al anciano, quien, sin dar muestras de apreciador de los buenos bocados, lo engullía todo, con la cabeza inclinada, atontado por tanto tragar, cuando hacía quién sabe el tiempo que su paladar perdiera el recuerdo del sabor del pan.

Los Lorilleux desfogaban su rabia contra el asado; comían para tres días y á poder ser, habrían devorado el pato, la mesa y la tienda entera, á fin de arruinar de un golpe á la Banbán. Para contentar á las mujeres se les repartió el esqueleto, porque el esqueleto es el bocado de las damas. La señora Lerat, la señora Roche y la señora Putois roían los huesos, mientras mamá Coupeau, que se moría por el cuello, sacaba la carne de éste con los dos últimos dientes que le quedaban. A Virginia le gustaba el pellejo, cuando estaba bien



tostado, y cada convidado le pasaba la parte que le correspondiera, por galantería.

Y de tal manera se atracaba, que Poisson le dirigía severas miradas, mandándole que no comiese más, pues ya tenía bastante, y le recordó que, en una ocasión, por haber comido demasiado pato asado, hubo de estar quince días en cama, con el vientre hinchado. Mas Coupeau se enojó y sirvió á Virginia un trozo de muslo, gritando que, ¡rayo de Dios! si no lo engullía, no era mujer. ¿Por ventura el pato había hecho nunca daño á nadie? Al contrario, el pato curaba las enfermedades del bazo. Aquello se comía sin pan, como los postres.

El, por su parte, se estaría tragando pato toda la noche sin sentirse ahito, y para probarlo, se metió un dedo entero en la boca. Entre tanto, Clemencia concluía la rabadilla, chupándola con un cloqueo de labios y retorciéndose de risa en su silla, á causa de las indecencias que en voz baja le decía Roche. ¡Ah! ¡pardiez! sí; se dieron una joroba (1). Cuando nos hallamos en la danza, hemos de danzar ¿verdad? ya que sólo de vez en cuando se nos ofrece la ocasión de sacar la panza de mal año, fuéramos tontos de capirote si no nos atracáramos hasta las orejas. La verdad es que se veía aumentar desmedidamente el volumen de las barrigas. Las mujeres parecían preñadas. Aquellos maldecidos tragones estaban á punto de estallar dentro de su piel. Con sus bocas abiertas y sus barbas chorreando grasa, ofrecían sus faces el aspecto de traseros, y tan rojas, que hubiérase dicho eran traseros de gentes ricas, reventando de prosperidad.

Y ¿qué diremos del vino, hijos míos? Corría alrededor de la mesa como el agua por el Sena; un verdadero riachuelo de agua llovediza, que desaparece absorbido por la sedienta tierra. Coupeau escanciaba desde muy alto para ver la rojiza espuma que formaba el chorro rojo, y cuando se vaciaba una botella, hacía

(1). *Darse una joroba*: Comer y beber desmesuradamente; hacerse jorobado por delante y por detrás á fuerza de bebida y de vituallas. (N. del L. tomada de Rigaud.

la bromita de volver hacia abajo el gollete y de exprimirlo con el gesto peculiar de las mujeres cuando ordeñan las vacas. ¡Otra negra más con la garganta rota! Y en un rincón de la tienda, iba aumentando el montón de las negras muertas, un cementerio de botellas, sobre el cual se arrojaban los desperdicios del mantel. Habiendo pedido agua la señora Putois, se indignó tanto el plomero, que quitó él mismo las botellas que la contenían. ¿Por ventura beben agua las personas decentes? ¿Se le antojaba el capricho de criar ranas en el estómago? Y las copas se vaciaban en un abrir y cerrar de ojos, oyéndose caer el líquido lanzado de un trago en la garganta, con el mismo ruido que hace el agua al bajar por las cañerías de las paredes, los días de fuerte lluvia.

Llovía peleón, sí, un peleón que al principio sabía un poco al tonel, pero al cual uno se acostumbraba de lo lindo, hasta el extremo de parecerle que sabía á nueces. ¡Ah! ¡Dios de Dios! por más que dijese los jesuitas, el zumo de la cepa no dejaba de ser una famosa invención. La reunión reía, aprobaba, porque al fin y al cabo, el obrero no hubiera podido vivir sin vino, y el abuelo Noé debió haber plantado la viña para los plomeros, los sastres y los herreros. El vino aliviaba del peso del trabajo, y encendía fuego en el vientre de los holgazanes; y después, cuando el truhán os hace una jugarreta, el rey os parece chica cosa, y París entero es vuestro. ¿Tantos motivos de alegría tiene el obrero, deslomado, sin un cuarto, despreciado por los burgueses, para que se le eche en cara una chispa tomada de vez en cuando, con el único objeto de ver la vida de color de rosa? ¡Pardiez! En aquel momento precisamente ¿quién no le hacía un corte de mangas al emperador?

Bien podía ser que el emperador tuviese entonces llena su panza; mas esto no impedía que le mandaran á paseo, y que le desafiaran á tenerla más llena y á estar tan de broma como ellos. ¡Callen los aristócratas! Coupeau los mandaba al diablo, encontraba lindas á las mujeres, y daba golpes en el bolsillo de su chaleco, donde sonaban tres sueldos, riendo como si removiese monedas de cien sueldos con una pala. Gou-



get, el mismo Gouget, tan sobrio habitualmente, estaba muy alegre. Los ojos de Roche se achicaban, los de Lorilleux adquirían un matiz pálido, mientras que Poisson lanzaba en torno suyo miradas más y más severas, que se destacaban en su bronceada faz de veterano. Estaban ya como unas cubas. Y las mujeres tenían su chispita, una chispita ligera aún, rojas las mejillas y con una irresistible propensión á aligerarse de ropa, que les obligó á quitarse sus pañoletas. Sólo Clemencia empezaba á estar inconveniente. A todo esto, se acordó Gervasia de sus seis botellas lacradas, que se olvidara de sacar cuando el pato, y trayéndolas, llenó de nuevo las copas. Entonces Poisson se puso en pie y dijo, con la copa en la mano:

—¡Brindo por la salud del ama de la casa!

Todos los presentes se levantaron, moviendo un gran estrépito de sillas; extendiéronse los brazos y chocáronse las copas, entre un clamoreo.

—¡Que nos veamos reunidos dentro de cincuenta años!—exclamó Virginia.

—No, no—respondió Gervasia conmovida y sonriente,—ya sería demasiado vieja. Llega un día en que se desea morir.

En tanto, por la puerta abierta de par en par, el barrio entero miraba y asistía al banquete. Los transeuntes se detenían un momento en la parte de acera bañada por la claridad, y reían á más no poder, viéndolo á aquellas gentes tragar con tal afán. Los cocheros, inclinados en sus pescantes, azotaban á sus rocines; echaban una mirada y soltaban un chiste: «Oye, tú: ¿pagas algo?... ¡Eh! ¡tía gorda, voy á buscar á la comadrona!...» Y el olor del pato regocijaba y daba expansión á la calle; los dependientes del droguero creían comer de él en la acera de enfrente; la frutera y la tripicallera, á cada rato, venían á pararse ante la tienda, para olisquear y relamerse los labios. Positivamente, la calle reventaba de indigestión. Las señoras Cudorge, madre é hija, las vendedoras de paraguas de al lado, á quienes nunca se les veía asomar las narices, cruzaron el arroyo, una tras de otra, los ojos atravesados, y rojas como si acabasen de freir buñuelos. El relojero, sentado en su mostrador, no po-

día trabajar, embriagado de contar los litros que se despachaban, y lleno de agitación en medio de sus alegres cuclillos. ¡Sí, los vecinos olían! gritaba Coupeau. ¿Por qué, pues, ocultarse de ellos? La reunión, lanzada ya, no se avergonzaba de mostrarse con la boca abierta por la gula, la lisonjeaba y la enardecía, á tal extremo, que hubieran querido derribar la puerta para sacar la mesa á la calle y comer allí los postres á vista del público, en la baraunda del arroyo. ¿Causaba repugnancia el verles? No tal; y por lo tanto, ninguna necesidad había de encerrarse como egoístas. Viendo Coupeau que el relojero de enfrente escupía piezas de diez sueldos (1), le mostró desde lejos una botella, y habiendo aquel aceptado con un movimiento de cabeza, dirigióse á su encuentro el plomero, ofreciéndole la botella y un vaso. Establecíase una fraternidad con la calle. Brindábase á la salud de los transeuntes. Llamábase á los camaradas que tenían aire de buenos muchachos. El banquete se extendía por grados, en tal manera, que el barrio entero de la Goutte d'Or trascendía á comilona y se regalaba el vientre, en una bacanal de mil diablos.

Desde hacía un rato, la señora Vigoroux, la carbonera, pasaba y volvía á pasar por delante de la tienda.

—¡Eh! ¡señora Vigoroux! ¡señora Vigoroux!—aulló la reunión.

Y la señora Vigoroux entró, riendo como una estúpida, lavada la cara, y gorda hasta reventar el corsé. Los hombres gustaban de pellizcarla, porque podían darle pellizcos en todas partes, sin nunca tropezar con un hueso. Roche la hizo sentarse á su lado, y acto seguido, mañosamente, le pellizó la rodilla por debajo de la mesa. Pero ella, avezada á estos juegos, vaciaba con la mayor tranquilidad un vaso de vino, contando que los vecinos se asomaban á las ventanas, y que algunos inquilinos de la casa comenzaban á enfadarse.

—¡Oh! eso nos incumbe á nosotros—dijo la señora

(1) Equivale á sentir una sed ardiente, á no tener ya saliva en la boca por efecto de la sed. Literalmente escupir salivazos pequeños, como monedas de medio franco.—(N. del T., tomada de Rigaud.)